

REFLEXIONES SOBRE LA MOTIVACIÓN Y EL APRENDIZAJE A PARTIR DE LA LEY ORGÁNICA DE EDUCACIÓN (L.O.E.): "DEL DICHO AL HECHO"

Antonio Valle Arias, Ramón González Cabanach y Susana Rodríguez Martínez

Universidad de A Coruña

Probablemente, la falta de motivación académica de muchos estudiantes se ha convertido en uno de los factores centrales que pueden explicar algunas situaciones problemáticas que se están viviendo en la educación escolar. Y es que la desmotivación de los alumnos puede ser tanto una consecuencia de los cambios y transformaciones que ha sufrido la sociedad en los últimos años y que el sistema educativo todavía no ha sido capaz de asumir, como también un factor desencadenante de ciertos problemas y conflictos que se producen en los centros escolares. En este artículo se reflexiona sobre algunas de las variables que más contribuyen a la motivación (o desmotivación) de los estudiantes de las escuelas e institutos de nuestro país.

Palabras clave: *Motivación, aprendizaje académico, fracaso escolar.*

Probably, the lack of academic motivation of many students has become one of the central factors that can explain some problematic situations that are being lived in the academic education. It could be that the lack of motivation of the students can either be a consequence of the changes and transformations that society has undergone in the last years, and that the educational system has not still been able to assume, or a leading factor of certain problems and conflicts that take place in schools. In this article, it is reflected on some of the variables that more contribute to the motivation (or lack of motivation) of the students of primary and secondary schools of our country.

Key words: *Motivation, academic learning, scholastic failure.*

Correspondencia: Antonio Valle.

Dpto. de Psicología Evolutiva e da Educación. Universidad de A Coruña. Campus de Elvira, s/n. 15071 A Coruña. España. E-mail: vallar@udc.es

Diferentes estudios e informes realizados sobre la situación de nuestro sistema educativo, especialmente el Informe PISA, sitúan a nuestros alumnos en el furgón de cola de la OCDE en lectura, escritura y matemáticas. Si a esto le añadimos que en torno al 25% de los estudiantes no consiguen acabar la educación secundaria, está claro que el panorama no parece demasiado prometedor respecto al presente y al futuro inmediato de nuestro sistema educativo. Aunque nos encontramos ante una problemática muy compleja y diversificada que afecta al nivel de conocimientos de los

alumnos, a su rendimiento académico, a cuestiones organizativas de los centros, a problemas de disciplina, a la falta de motivación e interés de los alumnos, etc., es obvio que debe haber algunos factores que han contribuido, de una u otra forma, a que se llegara a esta situación.

La Ley Orgánica de Educación (LOE), aprobada en el pleno del Congreso de los Diputados el 15 de diciembre de 2005, constituye un marco normativo que debe contribuir a que se vayan solucionando muchos de los problemas que tiene nuestro sistema educativo y se logren unos niveles óptimos de calidad en la educación. Aunque esto va a depender de otros muchos factores que se escapan a la propia ley, lo prioritario es averiguar si la propuesta legislativa contempla y enfoca adecuadamente las causas y las vías de solución para los problemas más graves que tiene actualmente la educación.

El coordinador del Informe PISA de la OCDE, Andreas Schleicher, afirmaba en una entrevista realizada a finales del 2005 que "el éxito del sistema educativo está en lograr una mayor motivación en el alumnado. El estudiante debe aprender que lo que estudia no sólo sirve para la escuela, sino que le abrirá nuevas oportunidades en el futuro". Por eso, una de las fuentes motivacionales más importantes es la necesaria conexión que tiene que existir entre lo que se enseña en la escuela y lo que acontece fuera de ella. Cuanto mayor relación vean los estudiantes entre lo que aprenden y el mundo real, más sentido tendrá para ellos el trabajo académico, más interés tendrán por aprender y más placer les producirá (Stipek y Seal, 2004).

Probablemente, la falta de motivación académica de muchos estudiantes se ha convertido en uno de los factores centrales que pueden explicar algunas situaciones problemáticas que se están viviendo en la educación escolar. Y es que la desmotivación de los alumnos puede ser tanto una consecuencia de los cambios y transformaciones que ha sufrido la sociedad en los últimos años y que el sistema educativo todavía no ha sido capaz de asumir, como también un factor desencadenante de ciertos problemas y conflictos que se producen en los centros escolares.

En el preámbulo de la LOE se afirma que la responsabilidad del éxito escolar de los alumnos no sólo recae sobre ellos, sino también sobre sus familias, el profesorado, los centros educativos, las administraciones educativas y, en último término, sobre la sociedad, responsable última de la calidad del sistema educativo. Por eso, se debe realizar un esfuerzo compartido de todas las partes implicadas. Se añade, además, que los centros y el profesorado deberán esforzarse por construir entornos de aprendizaje ricos, motivadores y exigentes.

¿Es suficiente el esfuerzo para crear esos entornos ricos, motivadores y exigentes? Aunque es evidente que los centros, el profesorado y los propios alumnos tienen que poner el empeño suficiente para lograr esos entornos de aprendizaje, también es verdad que la realidad y algunas experiencias precedentes en legislación educativa, especialmente la LOGSE, demuestran que no basta con hablar de entornos de aprendizaje motivadores, ricos, exigentes, etc. para que eso se convierta automáticamente en realidad.

Es más, si partimos de la situación actual, la sensación generalizada es que tanto los centros educativos como lo que se enseña y aprende en ellos no tienen mucho de ricos, tienen muy poco de motivadores y casi nada de exigentes. De hecho, muchos profesionales de la educación consideran que los estudiantes aprenden cada vez menos y tienen cada vez menos interés por aprender (Valle, Cabanach, Rodríguez, Núñez y González-Pienda, 2006). Pero ese desinterés se dirige sobre todo a aquellos contenidos que se enseñan en las aulas mediante unos métodos de transmisión que, en muchos casos, no generan ningún entusiasmo en la mayor parte de los estudiantes. Es más, estos métodos de enseñanza han cambiado relativamente poco a lo largo de los años y, en el mejor de los casos, son cambios insignificantes si los comparamos con los profundos cambios culturales que ha experimentado nuestra sociedad en las últimas décadas. Bajo estos planteamientos, estamos ante un primer problema motivacional vinculado a los contenidos y a su enseñanza.

LOS CONTENIDOS Y SU ENSEÑANZA

Aunque todos los humanos nacen con deseos de aprender y con ganas de descubrir el mundo que les rodea, las experiencias positivas asociadas al aprendizaje van disminuyendo progresivamente a medida que los niños van ingresando en la escuela. Las experiencias de aprendizaje que en los primeros años eran algo divertido y apasionante se convierten después de unos años en la escuela en experiencias generalmente monótonas, aburridas, e incluso, en ocasiones, desagradables. Por tanto, algo tiene que suceder para que unas personas con deseos de aprender y con gran entusiasmo a la hora de enfrentarse a una tarea, después de un cierto tiempo en nuestras aulas, vayan perdiendo progresivamente esas ganas y deseos de aprender.

Entonces, la pregunta que nos podemos plantear es la siguiente, ¿por qué razón un amplio número de alumnos no quieren estudiar o no les interesa para nada lo que se enseña en la escuela? Desde luego, por lo menos una parte de la respuesta a esa pregunta tiene que ver con la escasa utilidad que ven los propios estudiantes a lo que se les enseña. La opinión generalizada es que lo que aprenden en la escuela poco tiene que ver con sus vidas, con sus intereses, con sus preocupaciones y con sus inquietudes. Los conocimientos que se enseñan en la escuela son, en la mayor parte de los casos, muy teóricos, alejados de la realidad y con pocas posibilidades de aplicación; es lo que los expertos denominan "conocimiento inerte" y que tiene efectos muy negativos sobre la motivación.

Por tanto, si queremos estimular en los alumnos el deseo de aprender, lo primero que tenemos que hacer es tratar de relacionar lo que enseñamos en las escuelas con el mundo real, es decir, darle un sentido, un significado y una utilidad a lo que se enseña. Cuanto más aprecien los estudiantes ese vínculo y relación entre la vida real y lo que se enseña en el aula, más interés tendrán por aprender y mayor satisfacción les producirán esos aprendizajes. Y otra cuestión muy importante, lo que se enseña debe mirar directamente a lo que se aprende, es decir, si queremos lograr que nuestros alumnos comprendan lo que se les enseña, hay que tener siempre presente que el aprendizaje tiene unos límites y unos ritmos; y generalmente, la cantidad es uno de los principales enemigos de la calidad, con lo cual enseñar muchos contenidos suele conducir casi siempre a un aprendizaje reproductivo y de baja calidad.

Aparte de los contenidos que se enseñan, está también el problema de cómo se enseñan. En general, los profesores suelen centrar sus actividades en la transmisión y evaluación de los conocimientos, y en ambos casos siguen vigentes los mismos procedimientos desde hace varias décadas. En estos casos, aunque han cambiado enormemente los medios a través de los cuales las personas pueden descubrir y asimilar información, la transmisión de conocimientos en la escuela sigue siendo prácticamente igual que siempre. Por otro lado, dado que el centro de interés a nivel educativo ya no es la enseñanza y el profesor, como sucedía antes, sino que es el aprendizaje y el alumno, los principios del aprendizaje deben convertirse en el punto de referencia fundamental que guíe la actividad docente. Todo esto implica modificaciones sustanciales en la forma de enseñar, en las relaciones interpersonales, en la manera de abordar las diferencias individuales entre los alumnos, etc., pero la realidad nos indica que esos cambios aún no se han visto plasmados totalmente dentro de nuestro sistema educativo.

EL ALUMNO

Además de los aspectos relacionados con los contenidos y su enseñanza, no hay que olvidar que los cambios que se han producido en los últimos años en la educación han supuesto modificaciones importantes en cuanto a la manera de entender el aprendizaje y también con respecto al papel desempeñado por el alumno dentro de ese proceso. El centro de atención ya no es el profesor y la enseñanza, sino que el principal papel protagonista lo pasa a desempeñar el alumno y el aprendizaje, concebido este último no como un proceso de reproducción mecánica de lo que se enseña, sino como un proceso de construcción de conocimientos. Bajo esta perspectiva, también la motivación deja de contemplarse exclusivamente como algo externo al alumno, como una especie de entidad que debe estar presente en cada tarea, como algo que puede dispensarse de modo dosificado por el profesor, pasando a convertirse en algo que está en el propio alumno. Por tanto, aquí estamos ante un nuevo problema motivacional, en este caso vinculado personalmente con el alumno.

Del mismo modo que los enfoques constructivistas sobre el aprendizaje consideran que es el alumno el que, en último término, le da sentido y significado a lo que aprende a través de un proceso de construcción personal, al hablar de motivación se puede afirmar, como ya hemos indicado, que la motivación es algo propio, interno al propio estudiante, con lo cual también aquí es el alumno el que al final decide interesarse o no, implicarse o no, entusiasmarse o no, ante una determinada tarea de aprendizaje. Pero esta decisión que toma el alumno no es algo tan simple como puede parecer, sino que requiere como mínimo de un cierto equilibrio personal entre tres factores que son considerados por los expertos los tres pilares básicos en los que asienta la motivación académica: las creencias de autoeficacia y las percepciones de control, las razones y metas personales, y las emociones que provocan las situaciones de aprendizaje.

Bajo estas consideraciones y en sintonía con los enfoques más actuales sobre el aprendizaje escolar, es preciso reformular el sentido de la motivación académica y, sobre todo, reconducir el modo de influir y actuar sobre ella. La clave está en ayudar al alumno a generar mecanismos de automotivación, pero para todo, para el estudio,

para su convivencia con los compañeros y para la vida en general (Beltrán, 1998). De hecho, está comprobado que los estudiantes automotivados no sólo aprenden más sino que muestran unos niveles más altos de comprensión y recuerdo de la información. Además, el disfrute del trabajo académico suele asociarse con unos menores niveles de ansiedad y angustia en el contexto escolar. Si logramos esto, estaremos estimulando con toda seguridad el deseo de seguir aprendiendo en nuestros alumnos, una actitud que el filósofo, psicólogo y educador John Dewey planteó, hace más de medio siglo, como una de las grandes metas de la educación.

FACTORES SOCIO-CULTURALES

Pero la falta de motivación tiene también otros determinantes más allá de los factores vinculados al enseñante y al aprendiz. Se trata de factores que están situados a otro nivel, probablemente más fáciles de enumerar pero mucho más complejos a la hora de intentar actuar sobre ellos. Nos referimos a determinantes de tipo cultural, relacionados con cambios profundos que se han producido en nuestra sociedad en los últimos años y que tienen que ver con la forma de vida, las relaciones familiares, las nuevas tecnologías, los valores predominantes, las relaciones interpersonales, etc. Estos factores de naturaleza sociocultural añaden una nueva dimensión a la forma de abordar la falta de motivación de los estudiantes, lo cual nos introduce ante un nuevo problema motivacional distinto a los anteriores.

Actualmente, la educación no se reduce exclusivamente a la influencia de la familia y la escuela como sucedía hace años. De hecho, la escuela ha dejado de ser la fuente principal y exclusiva de conocimiento. Hay otras vías y otros agentes educativos con una influencia mucho más poderosa y determinante que la que puede ejercer el mundo de la escuela y de la familia, entre otras cosas porque utilizan recursos mucho más eficientes para despertar el interés y entusiasmo de los más jóvenes, e incluso también de los no tan jóvenes. El mundo sin fronteras y globalizado ilustra claramente el impacto que tiene en nuestras vidas la era de las telecomunicaciones, donde la televisión e Internet son probablemente los medios más poderosos y más influyentes. Es más, algunos expertos (ver p.ej., Seoane, 1998) consideran que Internet más que una tecnología y un producto que está a disposición de la sociedad actual es algo que la representa, una especie de maqueta o modelo de la sociedad en la que vivimos.

Por tanto, los cambios más importante a nivel social y cultural de los últimos años están directa o indirectamente relacionados con las tecnologías de la información y de la comunicación. Esta revolución tecnológica ha generado una forma diferente y rápida de comunicarse y de acceder a la información, provocando cambios importantes en el ámbito laboral, en las relaciones humanas, y en la forma de aprender. Dado que el principal recurso que manejan las nuevas tecnologías es la información, pasan a convertirse en un instrumento educativo de primer orden y, además, suelen despertar un enorme interés para la mayoría de los estudiantes convirtiéndose en una fuente de motivación importante. El poder de fascinación y atracción que tiene todo lo relacionado con las nuevas tecnologías es algo que la educación no debe desaprovechar.

De todas formas, no vayamos a caer en la ingenuidad de pensar que las nuevas tecnologías pueden ser el recurso mágico que va a cambiar radicalmente la educación o va a solucionar sus principales problemas. Hay que convencerse de que sólo son un instrumento al servicio de algo, con lo cual la clave del impacto de las nuevas tecnologías sobre la educación hay que buscarla en el modelo educativo que está detrás de su utilización y, por supuesto, de quien dirija su uso (Beltrán, 2001).

Así, las nuevas tecnologías pueden estar al servicio de un modelo pedagógico centrado en la enseñanza y el profesor, en el cual el aprendizaje es concebido como una reproducción mecánica de la información, o por el contrario, estar en consonancia con un modelo mucho más flexible, más orientado hacia el alumno y su aprendizaje, en el cual este se concibe como un proceso de construcción de significados. Que las nuevas tecnologías se usen en base a uno u otro modelo educativo implica aprovechar o no un instrumento con enormes posibilidades y con un poder motivacional increíble.

Las experiencias anteriores en legislación educativa nos han demostrado que no hay posibilidad de cambio si el profesorado no se identifica ni se implica en la aplicación de los principios derivados de la misma. Es más, uno de los grandes fracasos de la LOGSE, que la han hecho bastante impopular, fue el no conseguir implicar de lleno al profesorado, entre otras razones porque no sólo era demasiado intervencionista respecto a sus actividades docentes sino que, además, no fue capaz de contemplar que el desarrollo de una ley no puede establecer un único camino para lograr unos objetivos, sino que es necesario ofrecer una mayor autonomía organizativa y docente que permita atender a las peculiaridades y características específicas de cada contexto de aprendizaje.

Por ello, dado que el éxito o el fracaso de la LOE va a depender en buena medida de los propios docentes, incide especialmente en el desarrollo de propuestas dirigidas a su formación y al reconocimiento social a su labor. Favorecer el uso de las tecnologías de la información y la comunicación y potenciar el aprendizaje de lenguas extranjeras son, junto con el apoyo a actividades formativas dirigidas a la investigación e innovación educativa, algunos de los pilares fundamentales de la formación permanente del profesorado que contempla la LOE.

Todas estas propuestas y, especialmente, aquellas vinculadas con el profesorado llegarán a buen puerto si las distintas administraciones educativas ponen suficiente empeño y los recursos necesarios, pero también si todos los implicados en la educación tienen el optimismo, el interés y la voluntad necesarios para cambiarla. Por tanto, de igual modo que en otras leyes precedentes, en la LOE hay muchos aspectos positivos, pero todo va a depender de cómo se articule su desarrollo y, sobre todo, si va acompañada de un proyecto de financiación real que nos vaya acercando progresivamente a la inversión media en educación de los países de la OCDE.; aunque esto último, si atendemos al informe PISA 2003, no parece que sea el único ni el más importante de los indicadores que determinan la calidad de un sistema educativo. Quizás el cómo se haga la inversión y qué recursos se prioricen es lo que condiciona, en gran medida, su rentabilidad.

Además, dado que una parte muy importante del éxito de un sistema educativo reside en conseguir una mayor motivación en los alumnos, la sugerente propuesta de Brophy (1998) de "llevar las clases a los alumnos", ofreciéndoles oportunidades de aprender y

de reconocer la importancia de los verdaderos aprendizajes para sus vidas, complementada con la idea de "llevar los alumnos hasta las clases", exigiéndoles que se esfuercen y se impliquen en las tareas de aprendizaje, constituye un marco de referencia adecuado para lograr esos entornos de aprendizaje ricos, motivadores y exigentes de los que habla la LOE en su preámbulo y que pueden ser indicadores esenciales del éxito o fracaso en la aplicación de la ley.

Si eso se consigue, todos nos podremos felicitar de su éxito; si por el contrario, sus propuestas no logran cambios sustanciales en la educación seguiremos diciendo que "del dicho al hecho hay un buen trecho".

REFERENCIAS

Beltrán, J. (1998). Claves psicológicas para la motivación y el rendimiento académico. En M. Acosta (Coord.), *Creatividad, motivación y rendimiento académico* (pp.39-54). Málaga: Aljibe.

Beltrán, J. (2001). La nueva pedagogía a través de Internet. Conferencia inaugural del Primer Congreso EDUCARED, Madrid.

Brophy, J. (1998). *Motivating students to learn*. New York: Mc Graw-Hill.

Seoane, J. (1998). Comparecencia en la Comisión Especial sobre Redes Informaticas del Senado. Madrid: Diario de Sesiones del Senado.

Stipek, D. y Seal, K. (2004). *Mentes motivadas. Cómo educar a tus hijos para que disfruten aprendiendo*. Barcelona: Paidós. (Edic. orig., 2001).

Valle, A., Cabanach, R.G., Rodríguez, S., Núñez, J.C. y González-Pienda, J.A. (2006). Algunas claves para comprender la motivación académica. Infocop Online, http://www.infocop.es/view_article.asp?id=819&cat=38.